

AL DOCTOR MARAÑÓN

MARAÑÓN VISTO POR UN MEDICO RURAL

Excmos. e Ilmos. señores,
Señoras, Señores:

Ha querido la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo que al cumplirse el XXV aniversario de la muerte de D. Gregorio Marañón diga unas palabras acerca de esta egregia figura de la medicina española, atendiendo exclusivamente a mi condición de médico rural, que es como decir de médico a secas, y nada mas. No podía ser de otro modo esta elección si tenemos en cuenta la extensión de la obra y la complejidad de la figura del médico Marañón y la poquedad del médico elegido. Así y todo, no se me escapa el atrevimiento que supone hablar de Marañón, precisamente en Toledo, y nada menos que en esta Real Academia, aunque sólo sea para glosar sumariamente algunos aspectos de su vocación médica, la más importante a mi entender de las otras vocaciones que conformaron su recia personalidad. Me tranquiliza, no obstante, saber que mi osadía iba a contar de antemano con la comprensión y tolerancia del maestro, si viviese, y también con vuestra benevolencia.

Decía, que sólo pretendo contemplar al Marañón médico aún a sabiendas de lo difícil que es sustraerse y deslindar al Marañón historiador, académico, ensayista, hombre público, por sólo citar algunas de sus actividades más sobresalientes. Si, no obstante insisto en mi empeño es porque creo interpretar a mi manera la recomendación que hacía el propio Marañón en la Facultad de Ciencias Médicas de Lima, cuando al ser nombrado profesor honoris causa de la misma decía: "Si para los jóvenes, para los que vienen detrás, pudiera este íntimo recuerdo servir de alguna cosa, yo quisiera que evocasen a este médico español asociándole únicamente en la idea del trabajo y del deber".

Evoquemos, pues, al médico español Marañón desde estos supuestos como él deseaba. Mis primeras noticias de D. Gregorio se remontan a los últimos años del bachillerato y primeros de facultad en los que la figura de Marañón era para mi la de un médico famoso, y al mismo tiempo, la de un personaje con notoria influencia en la vida pública de aquellos años. No olvidemos que me estoy refiriendo a los primeros años de la década de los 30. Gusté pronto

de la lectura de sus primeros ensayos patobiográficos sobre Enrique IV y Amiel de los que él mismo diría más tarde que no eran sino historias clínicas liberadas por el paso del tiempo del secreto profesional, pero que para mí tuvieron además una parte muy importante en el despertar de mis aficiones históricas. Leí, un poco más tarde, su conocida obra Ideas biológicas del P. Feijóo, y de aquí en adelante ya no podría precisar el orden de otras lecturas, aunque sí puedo aseverar que las que más huella han dejado en mi oficio de médico han sido las que hube de hacer en los sucesivos números del Boletín del Instituto de Patología Médica, que recibí hasta su desaparición y que conservo con el mayor esmero, y así mismo, las que me proporcionó el libro Diagnóstico Etiológico, la gran obra médica de Marañón según la opinión de su continuador el doctor Balcells Gorina. Este último libro, el Diagnóstico Etiológico, ha sido y continúa siendo para mí herramienta de trabajo imprescindible desde aquellos lejanos tiempos en que preparaba la asignatura de Endocrinología de los estudios del doctorado, de tal manera que aquella primera edición que adquirí de este libro, de tanto usarla, está poco menos que como breviario de canónico al decir del propio Marañón.

Conocí personalmente a D. Gregorio en el breve espacio de tiempo de uno de aquellos cursillos de la Obra de Perfeccionamiento Médico que patrocinara el doctor Enrique Noguera. Solicité para cumplimentar el programa de aquel cursillo asistir al servicio que el doctor Marañón tenía en el Hospital Provincial, y allí estuve presente, entre otras actividades, en una de las sesiones clínicas que celebraba periódicamente con sus colaboradores. Por cierto que en aquella sesión presencié una severa reprimenda por parte de D. Gregorio a uno de los médicos inscritos en aquel cursillo, quien pasándose de listo, intentaba infructuosamente que D. Gregorio le firmase el visto bueno en el documento acreditativo de asistencia sin haber puesto los pies en el servicio.

Decía antes que también el Boletín del Instituto de Patología Médica me sirvió de gran provecho para mi formación médica y para el conocimiento de D. Gregorio y de su escuela. Tengo muy presente lo que escribió D. Gregorio en el primer número del boletín de enero de 1946. Decía así: "Cuando se ha vivido lo suficiente para hacer del presente y del pasado un eficaz examen de conciencia, nos enteramos los médicos, de lo que en verdad sabemos, lo que nos sirve para ser útiles a los demás y para aportar al progre-

so nuestra profesión y de nuestra ciencia esa dracma de eficacia que a todos se nos puede exigir, es un repertorio, quizá no muy grande, de nociones y un mecanismo de reaccionar que crea nuestra intransferible experiencia ante la realidad patológica, y que ese repertorio se ha formado casi exclusivamente de hechos y observaciones que constituyen la razón del buen proceder, la razón de sentirse seguro entre las camas de un hospital y hasta si la ocasión llega, la razón de la maestría”.

Recuerdo también con frecuencia, por su luminosidad y galanura otras palabras que pronunció en el I Congreso de Geriátrica acerca de la vejez y el climaterio. “La edad más delicada y profundamente eficaz del ser humano —decía— es la de la involución. Llegada ésta, lo más importante no es disfrazarse de joven sino conservar la curiosidad por la vida. Es este sentimiento, la curiosidad en vela perpétua, como el eje que ensarta la madurez pasada con la declinación que comienza. Mientras la curiosidad se mantiene el espíritu está alerta, y cuando aquella se pierde la decrepitud nos invade como anticipo de la muerte”. Y terminaba diciendo: “el futuro será una edad rectorada por las frentes serenas de los hombres encanecidos, encanecidos y además dignos de sus canas, pues si queremos, y este es uno de los fines de la Geriátrica, que las canas no sean un castigo sino un premio, debemos empezar por merecerlas”.

Llegados a este punto en que en verdad no se sabe bien si uno está leyendo a Marañón o se le está escuchando en persona, ¿qué podemos añadir nosotros de nuestra cosecha que no disuene escandalosamente como instrumento desafinado, en el conjunto maravilloso del concierto que son sus obras y sus palabras? Porque, decir ahora que Marañón fue un médico insigne, un gran médico, un médico hasta la médula de sus huesos como quiere Laín, un médico que a la hora de su muerte tuvo la modestia y la elegancia de anteponer a todos sus títulos el de médico a solas, decir esto y mucho más, es decir una verdad que no por sabida hay que dejar de repetir siempre que se presente la ocasión como sucede en este caso concreto en que recordamos el XXV aniversario de su muerte, y con más razón si cabe, si tenemos en cuenta la encrucijada en que se encuentra nuestra medicina en los días presentes. Si, hemos de repetir una vez más desde la perspectiva de médico titular, que D. Gregorio fue un médico auténtico, un médico de cuerpo entero, al que conviene por derecho propio todos los ingredientes

y modos que según Laín se conjuntaron en el amor que tuvo a su oficio de médico. Oficio que abarcó armoniosamente el quehacer del clínico, el patólogo, del naturalista, del curador y del maestro, pero siempre ocupando lugar preferente el sentido clínico, sensu lato, del que dio muestra fehaciente a todo lo largo de su vida profesional. No es de extrañar por tanto que Marañón insista reiteradamente acerca del valor permanente de la clínica, del decisivo contacto personal del médico junto al enfermo, actitudes por otra parte, que nunca pasarán de moda, antes al contrario, cada vez se harán más necesarias por cuanto que en el determinismo y evolución de la enfermedad nunca el médico podrá olvidar o soslayar los ingredientes biográficos personales del enfermo que tenga delante. Y, porque clínica auténtica es, como escribía Jiménez Díaz, la que ejercita un hombre frente a otro hombre —el enfermo— no cabe duda que en el hombre Marañón, en el médico Marañón, el riguroso sentido de la clínica tuvo en él su más completo paradigma.

Pongamos punto final a este breve escaqueo sobre la figura y la obra del médico Marañón y digamos en síntesis que, para nosotros, la obra médica de Marañón tiene dos características fundamentales, una, su profundo conocimiento del hombre y de la vida, otra, el humilde y claro sentido común de que hizo gala y por el que tanto clamó hasta su muerte. Solo así se entienden mejor su sencillez, su tolerancia, su curiosidad, su triunfo en fin. Pero algo más había en el clínico Marañón que importa tanto o más que todo lo anterior. Ese algo era nada más y nada menos que unas creencias, unas convicciones religiosas, que le hacían rebosar generosidad por los cuatro costados y las que de seguro le movieron a decir, a propósito del formidable avance de la medicina en los últimos decenios, estas significativas palabras: “en verdad, contemplando estas maravillas surge en nuestro entendimiento la idea de que son verdaderos milagros en los que Dios actúa iluminando el genio de los hombres, para hacerles partícipes de lo más alto del divino poder que es sanar lo que se creía incurable y casi resucitar a los muertos. Pero la ciencia del médico seguirá siendo una ciencia embrionaria, llena de lagunas e inexactitudes. Y éstas sólo se puede disimular con el amor”. Este es el camino seguro, el camino real que Marañón supo trazar a los que más tarde habrían de seguirle en este peregrinar de la vieja y siempre inacabada tarea de curar o aliviar al prójimo. Este es el médico Marañón que murió hace 25 años. No es pequeño consuelo saber que su obra y su

ejemplo no terminaron, perviven, no sólo en los ambientes académicos y en los universitarios, sino también en los pueblos y en las aldeas más alejadas de la patria. Lo es mucho más contar con la certeza moral de que también para él creó yo fueron escritas aquellas confortadoras palabras del Apocalipsis, *Beati mortui qui in Dómino moriuntur*. He dicho.

JULIAN MARTIN-ARAGON ADRADA
Correspondiente

